

permanezca en la ignorancia, á beneficio de «los intereses creados» y de las «ideas tradicionales». Mirad á esos, obreros, como vuestros enemigos, tan perjudiciales como los que os niegan ú os hacen imposible prácticamente el derecho de asociación, la mejora del jornal ó cualquiera otra ventaja de orden económico.

Y como no hay reforma viable y fecunda si no se asienta en la convicción propia, en el concurso del mismo sujeto que ha de salir favorecido, propagad entre vosotros el afán por la cultura; trabajad por que vuestros compañeros dediquen parte de las horas de descanso á la escuela, al libro, á la conferencia científica, en vez de derrocharlas en la taberna ó en placeres brutales que degradan al hombre.

IX

El teatro popular

Hace años que viene agitándose esta cuestión en Francia. Las revistas, particularmente el *Mercurio*, se hicieron eco de ella y la estudiaron profundamente, con ánimo de que no quedase en puro proyecto el Teatro con que ya soñó Michelet. Ultimamente, la *Revue bleu* y *L'Européen* han vuelto á dedicarle sendos artículos: la primera, con ocasión de la enmienda presentada por el diputado M. Conyba para que el Ministerio de Bellas Artes concediese un crédito de 100.000 francos con destino á crear el Teatro del pueblo; la segunda, para dar noticia de lo hecho hasta ahora en París por la iniciativa privada.

El Teatro popular es ya, en efecto, un hecho. No ha esperado á que los Poderes públicos lo sancionasen ó le diesen medios de vida. El mismo movimiento intelectual democrático que ha producido la Extensión universitaria y las Universidades populares, lo ha hecho nacer. Existe ya en

Viena desde 1889; en Berlín, desde 1894; en Bus-sang, desde 1892, y en otros pueblos franceses (La Mothe, Sandes-Arves, Plonjean, Nancy, Lille, París) se ha creado también recientemente. El grupo de *La Coopération des Idées*, fundado por Deherme, da representaciones semanales (los domingos) en que alternan las obras clásicas de Corneille, de Racine, de Víctor Hugo, con las más atrevidas de los poetas modernos. Belleville tiene su *Théâtre populaire* formalmente organizado, y, en Batignolles, M. Beaulieu dirige otro *Teatro del pueblo*.

¿Cuál es el objeto de éste? Por lo que toca al aspecto exterior de la cuestión y al económico, facilitar la asistencia de las clases populares á las representaciones dramáticas, excluyendo toda idea de lucro en la empresa y adaptando las horas y condiciones del Teatro á la jornada de trabajo, á las necesidades de reposo que ésta impone y á los períodos de descanso que el obrero normalmente tiene. Por lo que toca á lo íntimo del arte, formar el gusto artístico del pueblo, descartando de las representaciones todos esos melodramas que más perjudican, y aun desmoralizan, que aprovechan, para ofrecerle tan sólo las grandes obras del arte dramático, que, si son verdaderamente grandes, llegarán al espíritu del pueblo y despertarán su emoción, como la han despertado en otros siglos. Los fracasos, casi seguros, de las primeras experiencias, no deben desanimar, como

no desaniman á profesores ni á discípulos de las Universidades populares y de los cursos y conferencias de Extensión universitaria, la inutilidad de los primeros contactos intelectuales. Todo es cuestión de insistir y de poner, de una parte y de otra, buena voluntad, porque la experiencia enseña repetidamente que el público menos preparado (en el sentido de una cultura literaria) es capaz —como los niños, según se ve en las escuelas donde las lecturas están bien dirigidas— de comprender ó, cuando menos, de gozar con las más elevadas producciones estéticas.

Considerado así el Teatro del pueblo, no es más que una nueva manifestación de aquella parte de la Extensión universitaria que se dirige á depurar el gusto de las clases obreras para cooperar, despertando la inteligencia en lo referente al arte en todas sus manifestaciones, al progreso de la humanidad y á ennoblecer, alegrar y hacer amable la vida. Por exposiciones de obras pictóricas y escultóricas, audiciones de trozos musicales y conferencias relativas á estos asuntos, comenzó en Londres la célebre fundación de Tony-ba Hall, raíz de todo movimiento moderno de cultura popular; y al mismo sentido pertenecen las lecturas de obras literarias (novelas, dramas, cuentos, poesías), los cursos de música (con ejemplos), los conciertos clásicos gratuitos (obras de Bach, Hændel, Haydn, Mozart, Beethoven), las conferencias de Arqueología y las excursiones ar-

tísticas, que todos los años formaban parte de la Extensión universitaria ovetense.

Veamos ahora, concretamente, lo que es y cómo funciona uno de los Teatros populares establecidos: el de Batignolles (París). El local tiene poco de lujoso; su público estaba acostumbrado á ver representar los melodramas más espeluznantes que darse puede, románticos unos, tendenciosos otros. De repente, el director del Teatro, M. Beaulieu, ha variado el repertorio de una manera radical. En vez de los melodramas, obras de Daudet, de Tolstoy, de Sudermann..., de todos los grandes autores modernos; obras de arte puro, elevado, rebosantes de ideal, las mismas que hicieron célebre, hace años, el *Teatro libre* de París.

¿Y quién es Beaulieu? He aquí lo que de este hombre admirable dice Samuel Cornut: «Excelente actor y hombre de teatro, M. Beaulieu no es un adepto del arte por el arte. Es un apóstol. Quiere ser un educador del pueblo mediante la dramaturgia. Para decirlo todo, después de haber trabajado con Antoine (1), estuvo algún tiempo con Gemier, en el teatro de la «Renaissance». Ha unido en un mismo culto á los dos maestros, al gran actor y al generoso ideólogo; de éste tiene el alma, y se inspira en el arte y las tradiciones de aquél. Socialista ferviente, no sale á escena sino para difundir las ideas socialistas del mejor socialismo»

(1) El fundador y director del *Teatro libre*.

justicia, felicidad, bienestar, arte, belleza para todos. Su teatro no es una empresa: las mejores localidades son accesibles para los bolsillos más modestos. Hay doscientas de aquéllas gratuitas para las obreras más pobres. Además, los sábados y domingos, ciento cincuenta asientos se regalan á los soldados más jóvenes del cuartel próximo. » ¡Figuraos lo que esto representa para esos infelices, privados de todo espectáculo ennoblecedor y cuya diversión única suele consistir en frecuentar las casas de lenocinio!

La compañía está organizada realmente como una cooperativa. Beaulieu reparte entre sus actores—que no son simples aficionados, sino artistas profesionales—todos los beneficios de la temporada.

No se crea, por lo que va dicho, que Beaulieu reduce su repertorio á obras tendenciosas, á dramas exclusivamente «socialistas». Ha sabido huir de esta limitación, que hubiera hecho imposible dar á conocer á su público muchas grandes obras de arte. Le basta con que los dramas no sean inmorales, con que no halaguen malas pasiones, con que no legitimen las corruptelas y vicios modernos. Todo lo que es bello, elevado, ideal, recibe su aprobación, porque le ofrece elementos para su obra educativa; y así, como hemos visto, representa obras de Daudet y de Goncourt al lado de las de Tolstoy y otros autores más significados por su sentido de propaganda.

Como es natural, Beaulieu ha encontrado grandes dificultades para asentar en firme su obra. Quienes primero le han silbado, amenazado, denunciado como perturbador, han sido los mismos infelices á quienes él quiere regenerar y arrancar de la taberna. «Ciertas clases de obreros—dice Cornut—, los taberneros, inquietos por la clientela que pierden con esos espectáculos, toda la vez de la barriada, mostró su irritación ante aquel título de *Teatro del pueblo*, que le parecía un insulto personal.» Hubo escándalos mayúsculos, que no arredraron á Beaulieu. Durante mucho tiempo, la mayoría del público estuvo formada por burgueses modestos de Batignolles. Pero al fin, Beaulieu ha triunfado, y los obreros acuden á sus representaciones y salen de ellas complacidos.

El día 28 de Enero último se inauguró la temporada con una fiesta solemne, presidida por M. Chaumié, ministro de Bellas Artes. El 7 de Febrero asistió á la representación el Comité de Librepensadores.

Y Beaulieu—que acaba de añadir á los dramas una serie de conciertos clásicos—piensa en ampliar cada vez más su repertorio, añadiendo, á los autores mencionados, los ilustres nombres de Zola, de Hauptmann, de Molière...

X

Talentos útiles é inútiles

Digase lo que se quiera de los tiempos oscuros en que la fuerza dominaba—ó nos parece que dominaba más que hoy—, la Humanidad ha tenido siempre la idolatría del talento y del saber. Esa idolatría ha producido muchos males; porque el talento y la sabiduría se convierten á menudo en patentes de corso para que unos hombres exploten á otros en las dos maneras fundamentales de explotación: la servidumbre y el parasitismo. Hoy quiero tratar de esta última, porque es la forma más frecuente y la que caracteriza nuestro tiempo.

Muchas veces oigo decir: «¡Si usted hubiese conocido, ó si usted conociese, á don Fulano de Tall ¡Qué hombre tan ilustre! ¡Cuánto sabía, ó cuánto sabel ¡Qué claridad de talento, qué intuición, qué listezal!» Y yo pregunto—ó me dan ganas de preguntar, porque la discreción tiene sus exigencias de silencio—: «¿Qué hizo, ó qué hace don

Fulano de Tal? ¿Escribió libros, inventó cosas, dedicó su vida á una obra social poniendo en ella su alma, formó discípulos, educó gentes, propagó ideas?» Y muchas veces también me dicen (ó sé yo, sin que me lo digan) que el Fulano de marras no hizo ni hace ninguna de esas cosas, y que su talento y su sabiduría son en él cualidades de uso privado, que derrocha en conversaciones de sobremesa y de café, ó que deja traslucir de vez en cuando, apremiado por las circunstancias, pero cuyos mejores frutos, ó todos ellos, guarda para sí avaramente, ó no cuida que se produzcan, gastando todas las energías internamente ó en futesas de puro aparato. Y de ahí saco una segunda pregunta: ¿Por qué dirán que don Fulano fué ó es ilustre? ¿Para qué diantre le sirvió, ni sirvió para los demás, todo ese talento y ese saber?

Conozco muchos profesionales que no hacen absolutamente nada en su profesión. Si catedráticos, no se preocupan por la enseñanza, que toman á broma ó *pro pane lucrando*; si letrados, buscan el pleito ó la causa criminal que da dinero, importándoseles un ardite el problema jurídico y social que en cada hecho va implícito; si científicos, no se les ve lanzar al público sus descubrimientos ó escribir libros que propaguen las verdades averiguadas, etc., etc. Y sin embargo, muchos de ellos son hombres que saben, que estudian, que leen ó que están dotados de poderosa fuerza intelectual. El vulgo, que sólo ve este

aspecto de las cosas (y aun mucha gente que no es vulgo, pero tiene la idolatría del talento y del saber), los ensalza hasta las nubes, pondera el encanto de sus conversaciones, la agudeza de sus juicios. «¡Cuánto vale Zutano!», dicen á todas horas. Y yo vuelvo á preguntar: ¿Pero en qué emplea ese valer? Si ni escribe, ni habla, ni educa, ni transmite á los otros lo que sabe, ni se preocupa seriamente en la vida, no en la pura inteligencia, de los problemas, ni se sacrifica por nada ni por nadie, ¿qué representan para la sociedad todo su talento y toda su ciencia acumulada? ¿Es eso *un hombre*, ó es puramente un cerebro, que almacena cosas para sí ó que derrocha sus fuerzas naturales en pequeñeces de ninguna utilidad social?

Lo grave del caso es que esos sujetos á que me refiero gozan, por las cualidades que les hacen famosos, de puestos y categorías en que son verdaderos parásitos, puesto que, á título de lo que representan, consumen medios que usurpan á los que, tal vez con menos talento que ellos, servirían mejor la función y de manera más útil para la colectividad. Pero repito que la idolatría de la inteligencia puede tanto, que aun personas que dan ejemplo de un alto sentido social en su vida, que se sacrifican por algún empeño alto y generoso, el cual requiere mucha acción y mucho altruismo, se emboban ante los talentos inútiles, sólo porque son talentos.

Á mí no me seducen. Sólo tengo para ellos

desprecio ó lástima: desprecio, si, dándose cuenta de que no cumplen, tienen el cinismo de reirse de la falta; lástima, si son víctimas de alguna de esas enfermedades de abulia, ú otras parecidas, que atrofian, ó detienen el empuje de las fuerzas espirituales. Pero lo que no me cabe duda es que hay que lanzarlos de los sitios que ocupan injustamente, que es preciso arrinconarlos, aislarlos, *boycottarlos* en la vida, para que aprendan á trabajar útilmente ó se resignen á comer talento, chispa, gracia y demás cosas que, hoy por hoy, parecen poco digeribles.

Si bien se considera, esos Fulamos, que abundan bastante, son, ó unos egoístas, ó unos enfermos. Si egoístas, hay que castigarlos suprimiéndoles la ración parasitaria, obtenida mediante la simulación de ejercer un cargo que en realidad no ejercen; si enfermos, hay que tratar de curarlos por la educación integral, devolviéndoles las energías perdidas, poniéndolos en condiciones de que conviertan sus aptitudes intelectuales en materia útil para la obra común de la Humanidad, en la ciencia, en el arte ó en la vida ética; pero mientras están enfermos, no deben seguir figurando entre los sanos, para no perjudicar las funciones sociales y para no seguir alimentando el funesto error de que sirven, aunque tan sólo, realmente, *parece* que sirven, ó están en posibilidad, nunca cumplida, de servir.

Soy de los que creen que todas las manifesta-

ciones intelectuales son necesarias, y, por tanto, dignas de respeto y de apoyo. Tan esencial me parecen para la vida del hombre libre y culto la literatura, la música, las bellas artes todas, como las ciencias físicas ó la gimnástica atlética. Aquel alfarero de *Trabajo* (la novela de Zola), que embellece las fachadas de las viviendas nuevas con zócalos y frisos policromados que reproducen los brillantes colores de las flores y frutos, es un hermoso símbolo de la utilidad que el más puro arte tiene para todos los hombres, y de la función de embellecimiento y sana alegría que le está encomendada. Pero artista, literato ó científico, los quiero exteriorizados en obras, dando al mundo el fruto de su trabajo, haciendo producir á sus cualidades nativas algo de lo que todos puedan gozar ó aprovecharse; los quiero activos, y los quiero que fielmente correspondan á la representación que ostentan y al papel que en la obra social les atribuyen sus facultades. De igual manera condeno el atesorar avaro de la riqueza material, ó el mantenimiento en ociosidad estéril de la tierra y demás instrumentos de trabajo, que la falta de cultivo de la inteligencia que se conoce á sí propia, ó su pura utilización para lucimiento y solaz de quien la posee.

Todavía el intelectual que produce no realiza, con esto sólo, el ideal de su función como hombre: si produce por pura vanidad, por placer solitario, sin pensar más que en sí mismo, su obra será

útil á pesar de él, pero el autor estará lejos de ser un espíritu moral. Para serlo, en la vida exterior de la inteligencia, es preciso poseer un sentido social que todavía es poco frecuente; es preciso trabajar pensando en los otros, dedicando á los semejantes el fruto del trabajo, preocupándose del bien que puede traerles y considerando que cada uno de nosotros, al hacer lo que le cupo en suerte en la vida, ó aquello á que se inclinaron sus aficiones y aptitudes, es una parte del gran organismo social, que cumple una función con la cual cuentan los demás hombres, y cuyo incumplimiento es como una estafa á la acción combinada de todos. El que produce pensando así, y viendo de este modo, *socialmente*, su obra, no será nunca avaro de la cooperación y el auxilio á los que de él necesitan, y sabrá elevarse por encima de la pura producción estipendiaria, de la que sólo se da á cambio de dinero, hasta la franca y abierta comunicación á todos, no en pura caridad, sino en acto de natural correspondencia, á la que le obliga su condición de ser social, en eterno y complejo cambio de servicios, pendiente y dependiente de todos, aun de los que puede considerar como más humildes en lo más original y propio de su carácter y condiciones.

Sólo éstos son los intelectuales dignos de consideración, los sabios útiles y respetables. Los demás, fuerzas perdidas en el gran laboratorio humano, no merecen á lo sumo más que una

frase en que se condense la pena por su esterilidad, de que sufrimos todos. Hay que decir de ellos: «¡Lástima de talento!»; pero no, como ahora se hace, entretener y remachar su condición pasiva, ó insulsamente derrochona, con ponderaciones y acogimientos entusiastas que se suelen escatimar á los peor dotados naturalmente, aunque por su fervoroso y altruista trabajar sean más dignos de alabanza y de estímulo.
